

Rondar a las muchachas solteras del lugar, obsequiándolas con jotas amables



Aún recuerdo que, hasta no hace mucho tiempo, en nuestros pueblos y en días señalados los jóvenes varones del lugar formaban rondas portando guitarras, bandurrias y laudes, haciéndolas sonar con sentimiento amoroso hacia las muchachas distinguidas, uniendo sus, no siempre, agradecidas voces para cantar las excelencias de las doncellas en cuestión. Todavía podemos admirar a un nivel muy superior los famosos y magníficos “mayos”, que se cantan en algunas localidades y pueblos de Aragón. Pero esto que les narro se desarrollaba en nuestros pueblos como una cosa muy peculiar y que se llevaba a cabo por los “quintos”: muchachos de veinte años que iban a ser llamados “a filas” para cumplir con el servicio militar obligatorio.

En mi pueblo era todo un espectáculo ver a más de una veintena de mozos con la rondalla, intentando quiméricamente unificar las voces y acompañarlas a las necesidades de la música, acompañados siempre por un borrico engalanado hasta el hartazgo, portando unas alforjas donde se ubicaba el vino y alguna pitanza que amablemente regalaban agradecidos los padres de las muchachas, a las cuales se les habían ensalzado sus encantos.

Bueno, pues, sucedió que en unas de estas rondas, el año que me tocaron las quintas, cuando la alegría producida por

la juventud y el vino empezaba a crear-nos desvergüenza, fuimos a parar a la puerta de una muchacha, no excesivamente guapa, pero sí muy remilgada y con una buena dosis de tontez en su joven cuerpo. Sin ni siquiera preverlo y como si hubiéramos ensayado la jota, entonamos:

Ya sé que ha dicho tu padre,

Que lo quieres de carrera,

En mi casa tengo un galgo,

Puedes venir cuando quieras.

Haciendo alusión a su deseo, expresado en múltiples ocasiones, de no casarse con cualquiera, ya que la muchacha deseaba algo muy especial.

La sorpresa y el enfado que provocó en el ánimo del padre por el ultraje cometido a su hija fueron tan grandes, que tuvo una reacción desproporcionada: tomando la escopeta de caza salió a la calle, amenazando con cometer una imprudencia, haciendo que los rondadores huyéramos despavoridos abandonando todo, incluido al pobre rucio, que en su carrera, desmontó todo lo que llevaba encima, rompiendo hasta las albardas.

Fue la primera vez, en la historia del pueblo, que los “quintos” pasamos una noche en los calabozos, castigados por decir la verdad sin delicadeza.

E. L.